Viñetas de la Grecia clásica

Las preocupaciones fundamentales para los griegos de la época clásica abarcaron diferentes aspectos de la vida de aquellos tiempos, algunos de cuyos ejemplos se ofrecen en estos documentos.

A Psaumis de Camarina

El poeta Píndaro, natural de Tebas, nacido a finales del siglo VI, vivió a lo largo del siglo V a.C. Hijo de una familia noble, se dedicó a honrar con su poesía a los triunfadores en las distintas competiciones deportivas, entre ellos en los Juegos Olímpicos. Estos juegos se celebraban, igual que en la actualidad, cada cuatro años, y estaban consagrados a Zeus. El vencedor era un elegido de la divinidad y recibía como premio una corona de laureles y el canto del poeta que lo honraba a él y a su ciudad. En este caso se trata del vencedor de la carrera ecuestre de 452 a. C.

"¡Te invoco, rey de los dioses, que desde la cumbre del Monte Olimpo lanzas el rayo impiadoso, Zeus! Las horas, tus hijas, que vuelven a traernos las fiestas de Olimpia, me han llamado allí, en medio de los cantos y de los acordes de la lira, para que sea testigo de estas luchas sublimes. Sí, la felicidad del huésped, para las gentes de corazón, es una dulce comprobación que les llena de gozo. Pero yo te suplico, oh tú que reinas sobre el Etna azotado por los vientos, cuyo peso aplasta al enorme gigante Tyfón, el de las cien cabezas, hijo de Saturno: acoge, en nombre de las Gracias, este himno triunfal, que hará brillar a través de los siglos el honor de las más altas virtudes. Este himno, consagrado al vencedor de Olimpia, avanza en el carro de Psaumis que, coronado con el olivo de Pisa, arde en deseos de asociar a su gloria a Camarina, su patria (natal). Que los dioses se dignen atender sus otros ruegos; pues merece todos mis elogios por su habilidad en domar los caballos; le gusta acoger a los extranjeros, y su alma pura ha sido alimentada con el amor a la paz, que es la salvación de los pueblos. Sí, le elogio sin que mi boca mienta; pues los hombres se conocen en la prueba.

Así, el hijo de Climena borró los ultrajes de las mujeres de Lemnos, cuando, cubierto con su armadura de bronce, salió vencedor en la carrera; entonces, al 'ir a recoger la corona dijo (...) 'He, aquí lo que valen mis pies, y el corazón y los brazos de quien os habla valen igual'. Muy a menudo los jóvenes ven có-mo sus cabellos se convierten en canas antes de la edad."
PINDARO, "Olímpica IV", Himnos triunfales. Con odas y fragmentos de Anacreonte, Safo y Erina, Barcelona, Iberia, 1954, pp. 5556.

Mujeres en la poesía griega

Safo, nacida en la isla de Lesbos, probablemente a finales del siglo VII a. C., reunió a su alrededor gran número de mujeres que se dedicaron al mismo menester. De su obra, perdida en su mayoría, quedan algunos fragmentos.

"Diosa del trono incrustado de oro, Afrodita inmortal, augusta hija de Zeus, que te complaces en tejer las redes del Amor, te ruego que no hagas desfallecer mi corazón bajo los pesares y los dolores; acude a mis ruegos, como otra vez me atendiste ya, cuando abandonado el palacio de tu padre unciste tu carro de oro, que arrastraban graciosos y ágiles gorriones; éstos se elevaban al cielo, azotando el aire con sus alas veloces, y alcanzaban rápidos la tierra sombría; y tú, bienaventurada, sonreías con tus labios divinos y me preguntabas: ¿Qué tienes? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué me llamas? ¿Qué pasión devora tu corazón en delirio? ¿Quién es aquel que te propones capturar entre las redes de tu amor? ¡Cómo! ¿Sus desdenes te ultrajan, oh Safo? Pero si te huye hoy, pronto te perseguirá él a su vez. ¿Rechaza tus dones? El te los ofrecerá. ¿No te ama? El te amará, a pesar suyo. ¡Oh! Ven, diosa; líbrame de mis crueles padecimientos; cumple lo que mi corazón desea, atiéndeme. ¡Consiente en luchar conmigo!".
SAFO, "A Afrodita", 1. En PINDARO, op. cit., p. 285.

Los versos de Erina

Como su amiga Safo, nació en Lesbos, y formó parte del grupo de mujeres que junto a ella se ocupó de la poesía. Sólo se conservaron algunos párrafos de su obra.
1. "Nautilo, tú que anuncias a los marineros una feliz nave-

gación: ¡Ojalá puedas escoltar la proa del navío que lleva a tu amiga querida!"
2. "Cabellos canos y poco abundantes constituyen, para los mortales, el emblema de senectud."
3. "Los ruidos de la tierra se desvanecen, al atravesar el río del Infierno; el silencio reina en la mansión de los muertos, cuando las tinieblas han caído sobre los ojos de los mortales.", en PINDARO, op. cit. p.293.

¡Abajo los sofistas!

El comediógrafo Aristófanes, nacido en un demos (barrio) de Atenas, en el siglo V a. C., en tiempos de las guerras del Peloponeso, conservó elementos tradicionales, para burlarse de las costumbres de su época. Los comediantes podían imitar a los hombres públicos sin que se los persiguiera por falta de respeto o difamación. Se trata aquí de un ataque a la figura de Sócrates, por considerarlo un sofista. Se comparan los efectos disolventes de la nueva educación con una pintura idealizada de la tradición ateniense; poco le costó desacreditar a los sofistas.
"CORO: Vais a demostrar ahora por medio de artificiosas palabras, sutiles pensamientos y profundas sentencias cuál de vosotros es el más hábil en el arte de la oratoria. Hoy se debaten grandes asuntos de filosofía, por la cual mis amigos libran un gran combate. Tú, que inspiraste a los antiguos tan buenas costumbres, levanta la voz en defensa de tu causa favorita y danos a conocer tu carácter.
EL JUSTO: Voy a decir cuál era la educación antigua, en los tiempos florecientes en que yo predicaba la justicia, y la modestia reinaba en las costumbres. En primer lugar, era necesario que ningún niño pronunciase imperfectamente. Los que vivían en un mismo barrio iban a casa del maestro de música recorriendo modestamente las calles desnudos y en buen orden, aunque la nieve cayese copiosamente como la harina del cedazo, (...) después se sentaban y se les enseñaba el canto Temible Palas, destructora de ciudades, o el que principia: Grito resonante a lo lejos, conservándoles el aire que le habían dado sus antepasados. Si alguno de ellos trataba de hacer una payasada (...), era inmediatamente castigado con sendos azotes por enemigo de las Musas (...)
EL INJUSTO: Todo eso es antiquísimo (...)
EL JUSTO: Sin embargo, ésta fue la educación que formó a los héroes que pelearon en Maratón. Tú, en cambio, les ensenas a envolverse enseguida en sus vestidos (...) Por lo tanto, joven, decídete por mí sin vacilar; y aprenderás a aborrecer los pleitos, a no acudir a los baños públicos, a avergonzarte de las cosas torpes, a indignarte cuando se burlen de ti, a ceder tu asiento a los ancianos que se te acerquen, a conducirte bien con tus padres y a no hacer nada deshonesto, porque debes ser la imagen del pudor".
ARISTOFANES, Las Nubes, Buenos Aires, El Ateneo, 1958, pp. 202203.

Educación espartana

"...ni aun era permitido a cada uno criar y educar a sus hijos como gustase, sino que él mismo Licurgo, entregándose todos a la edad de siete anos, los repartió en clases, y haciéndoles compañeros y camaradas, los acostumbró a entretenerse y estar juntos. En cada clase, puso al frente de ella al que manifestaba más juicio y era el más alentado y corajudo en sus luchas, al que los otros tenían respeto, y le obedecían y sufrían sus castigos, siendo aquella una escuela de obediencia (...)
De las letras no aprendían más que lo necesario; y toda la educación se dirigía a que fuesen bien mandados, sufridores del trabajo y vencedores en la guerra: por eso, según crecían en edad, crecían también las pruebas, rapándolos hasta la piel, haciéndoles andar descalzos, y jugar por lo común desnudos. Cuando ya tenían doce anos no gastaban túnica, ni se les daba más que una ropilla para todo el ano; así macilentos y delgados en sus cuerpos, no usaban ni de baños ni de aceites, y sólo algunos días se les permitía disfrutar de este regalo (...).
LICURGO, en PLUTARCO, Las vidas paralelas, t. 1, Madrid, Librería de Perlado y Páez, 1920, p. 99.

Mujeres vigorosas

Licurgo ejercitó los cuerpos de las doncellas en correr, luchar, arrojar el disco y tirar con el arco, para que el arraigo de los hijos, tomando principio en unos cuerpos robustos, brotase con más fuerza; y llevando ellas los partos con vigor, estuviesen dispuestas para aguantar alegre y fácilmente los dolores (del parto).
Porque en primer lugar no miraba Licurgo a los hijos como propiedad de los padres, sino que los tenía por comunes de la ciudad; por lo que no quería que los ciudadanos fueran hijos indiferentemente de cualquiera, sino de los más virtuosos."
PLUTARCO, op.cit. pp. 9597.

De la educación en la ciudad perfecta: ¿es la actualidad?

"No puede negarse, por consiguiente, que la educación de los ninos debe ser uno de los objetos principales de que debe cuidar el legislador. Dondequiera que la educación ha sido desatendida, el Estado ha recibido un golpe funesto. Esto consiste en que la leyes deben estar siempre en relación con el principio de la constitución, y en que las costumbres particulares de cada ciudad afianzan el sostenimiento del Estado, por lo mismo que han sido ellas mismas las únicas que han dado existencia a la forma primera. Las costumbres democráticas conservan la democracia, así como las costumbres oligárquicas conservan la oligarquía, y cuanto más puras son las costumbres, tanto más se afianza el Estado.

Todas las ciencias y todas las artes exigen, si han de dar buenos resultados, nociones previas y hábitos anteriores. Lo mismo sucede evidentemente con el ejercicio de la virtud. Como el Estado todo sólo tiene un solo y mismo fin, la educación debe ser objeto de una vigilancia pública y no particular, por más que este último sistema haya generalmente prevalecido, y que hoy cada cual educa a sus hijos en su casa según el método que le parece y en aquello que le place. Sin embargo, lo que es común debe aprenderse en común, y es un error grave creer que cada ciudadano sea dueño de sí mismo, siendo que así todos pertenecen al Estado, puesto que constituyen sus elementos y que los cuidados de que son objeto las partes deben concordar con aquellos de que es objeto el conjunto."
ARISTOTELES, La política, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1958, libro V, p. 147.

Una imitación purificadora

Aristóteles, discípulo del filósofo Platón, se ocupó de diversos aspectos del conocimiento, vivió en el siglo IV a. C. Fue el maestro de Alejandro de Macedonia.

"La tragedia es, pues, la imitación de una acción de carácter elevado y completa, dotada de cierta extensión, en un lenguaje agradable, llena de bellezas de una especie particular según sus diversas partes, imitación que ha sido hecha o lo es por personajes en acción y no por medio de una narración, la cual, moviendo a compasión y temor, obra en el espectador la purificación propia de estos estados emotivos. Llamo lenguaje agradable al que posee ritmo, musicalidad y melodía; y por bellezas de una especie particular entiendo que unas partes son realizadas solamente con ayuda de la métrica, mientras que otras, por el contrario, lo son sólo por medio de la melodía."
"Puesto que son personajes en acción los que realizan la imitación, necesariamente se puede considerar desde el comienzo, como una parte de la tragedia, el buen orden o disposición del espectáculo y luego el canto y la forma expresiva o elocución, ya que éstos son los medios para realizar la imitación. Llamo forma expresiva a la misma conjunción formal de los versos; en cuanto a canto, la misma palabra posee bien claramente su propio significado. Como, por otra parte, se trata de la imitación de una acción y ésta supone personajes que obran, los cuales necesariamente son de tal o cual carácter o tal o cual manera de pensar porque precisamente a partir de tales divergencias calificamos nosotros las acciones humanas, hay dos causas naturales que determinan las acciones, a saber, la manera de pensar y el carácter, y éstas son las acciones que siempre nos hacen salir airosos de una cosa o fracasar en ella. La imitación de la acción es la fábula, ya que llamo fábula al entramado de las

cosas sucedidas; llamo carácter a aquello que nos hace decir de los personajes que actúan que poseen tales o cuales cualidades; llamo manera de pensar a todo lo que los personajes dicen para demostrar alguna cosa o explicar lo que deciden."
ARISTOTELES, Poética, Madrid, Aguilar, 1963, pp. 3739.

La máscara cómica

"La comedia es, como hemos dicho, la imitación de personas de calidad moral o psíquica inferior, no en toda clase de vicios, sino de aquellos que caen bajo el dominio de lo risible, que es una parte sólo de lo vicioso. En efecto, lo risible es un defecto y una fealdad sin dolor ni daño; así, por ejemplo, la máscara cómica es fea y deforme, pero sin expresión de dolor.
Ahora bien: si las sucesivas transformaciones de la tragedia y sus autores nos son conocidos, los comienzos, en cambio, de la comedia se nos escapan por haber sido considerada como algo inferior. (...)
Se ignora quién aportó a la comedia las máscaras, los prólogos, el número de los actores u otros detalles de este mismo estilo; pero la idea de escribir fábulas se remonta a Epicarmo y a Formis. Vino al comienzo de Sicilia (...).
ARISTOTELES, Poética, op. cit. pp. 3536.

Investigar la sabiduría

El filósofo Platón recogió en su obra la de su maestro, Sócrates, que nunca escribió. Se lo ubica en la Atenas de los siglos V y IV a. C. Acaso donde más cerca se esté de Sócrates, sea en la Apología, donde su discípulo expone cómo se defendió su maestro ante el tribunal que lo condenaría a muerte en el 399 a. C.

"Cuando los generales que elegisteis para mandarme, oh atenienses, me señalaron mi puesto en Potidea, o en Anfípolis, o en Delio, permanecí donde me colocaron y corrí el mismo peligro de muerte que los demás soldados. Extrana conducta sería la mía si ahora desertara de mi puesto por miedo a la muerte o a cualquier otra cosa, cuando el dios me ha ordenado, como estoy persuadido de que lo ha hecho, que dedique mi vida a la investigación de la sabiduría y a examinarme a mí y a los otros. Cierto que sería algo muy extrano, y justamente podrían llevarme ante un tribunal por no creer en los dioses, porque entonces yo habría desobedecido al oráculo, y temería a la muerte, y me creería sabio sin serlo. El miedo a la muerte, amigos míos, no es otra cosa que creernos sabios sin serlo, pues es pensar que sabemos lo que no sabemos en absoluto."
LLOYD JONES, HUGH (ed.), Los griegos, Madrid, Gredos, 1965, p. 164.

La morada del verdadero ser

Ese mundo aparece en la descripción que hizo Platón en Fedro, uno de sus más importantes diálogos.
"Ninguno de nuestros poetas terrenales ha cantado todavía, ni logrará cantar dignamente, este lugar ultraceleste... Allí mora el verdadero Ser, despojado de formas y colores, imposible de tocar. Sólo la razón, piloto del alma, puede contemplarlo, y todo saber verdadero es saber de él. Pues así como la mente de un dios se nutre de razón y sabiduría, así también ocurre con toda alma que se cuide de recibir su adecuado alimento. Por tanto, cuando ve al fin a ese Ser, queda contenta y satisfecha, y contemplando la verdad se nutre y prospera hasta que la revolución de los cielos la devuelve al círculo completo. Y mientras es llevada de un lado a otro, discierne la justicia, ser propio suyo, y la templanza y la sabiduría... Y después de haber contemplado grata y deleitosamente todas las otras cosas que tienen verdadero ser, vuelve a descender a los cielos y regresa a su hogar."
LLOYD JONES, op. cit. p. 166.

Para que la memoria no se pierda

Herodoto -vivió en el siglo V a. C.- fue el primero que se preguntó sobre las causas de los hechos que sucedieron en el pasado, por ello se lo denomina el padre de la historia.
"La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia se dirige principalmente a que no llegue a desvane-

cerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros (los que no hablaban griego). Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos y los otros."
HERODOTO, Los nueve libros de la historia, Buenos Aires, El Ateneo, 1961,p. 16.

La guerra del historiador

Las Guerras Médicas, entre griegos y persas, fue el equivalente a la Primera Guerra Mundial entre los antiguos; de ellas se ocuparon historiadores y poetas.

101. "Llegando los persas con su armada, abordaron en las playas de Eretria, contra su bosque sagrado (...) desembarcaron, desde luego sus caballos, formándose ellos mismos en escuadrones como dispuestos a entrar en acción con los enemigos (... los de Eretria) ponían todo su cuidado en fortificar y guardar sus muros, pues había prevalecido el parecer de los que no querían desamparar la plaza. Hacíase con la mayor actividad el ataque de los persas y la defensa de los sitiados; de suerte que durante seis días cayeron muchos de una y otra parte. Pero llegado el séptimo, dos sujetos principales (...) entregaron la ciudad a los persas, quienes entrando en ella, primeramente pegaron fuego a los templos, vengando las llamas con que habían ardido los de Sardes, y después conforme a las órdenes de Darío, redujeron al estado de cautivos a sus moradores.
102. "Rendida ya Eretria, interpuestos unos pocos días de descanso, navegaron hacia el Atica, donde, talando toda la campiña, pensaban que los atenienses harían lo mismo que habían hecho los de Eretria; y habiendo en el Atica un campo muy a propósito para que en él obrase la caballería, al cual llamaban Maratón (...)
HERODOTO, op. cit., libro VI, pp. 485-486.

La guerra del poeta

La tragedia rememoró la epopeya nacional que fueron las Guerras Médicas, del siglo V a. C. Esquilo, que vivió entre los finales del siglo VI y principios del V a. C. y que participó en ellas, recuerda de esta manera el episodio. La escena transcurre en Susa, capital de Persia, donde los ancianos y la Reina Madre aparecen llenos de temores sobre la suerte del ejército persa.
CORO: "Henos aquí a los que somos llamados los fieles, entre aquellos persas que marcharon contra la Hélade; a los custodios de estos espléndidos y dorados palacios, a quienes por la dignidad de las canas nos eligió el hijo de Darío, el mismo rey Jerjes nuestro señor, para que velásemos por su reino. Agitado ya el corazón salta en el pecho presagiando males sobre la vuelta del rey y de aquel su ejército que salió de aquí con dorada y magnífica pompa. Partió toda la flor de los hijos de Asia, y en vano es que clamen por ellos sus lastimeras voces (...)
Y el señor de la populosa Asia lanza con furia sobre el continente su prodigioso rebano de pueblos por dos partes a la vez: por mar y por tierra, confiado en el valor y firmeza de sus capitanes (...)
Mas ¿qué mortal escapará a la engañosa astucia del Destino? ¿Quién tan ligero de pies que con fácil salto salve sus redes? Muéstrase la calamidad a lo primero amiga de los hombres, y de allí los lleva con halagos hasta aquellos lazos de los cuales a ningún mortal le fue dado salir jamás (...)
MENSAJERO: ¡Oh ciudades todas de Asia! ¡Oh tierra de Persia! (...) ¡Cómo una gran prosperidad vino al suelo de un solo golpe! ¡Cayó y pereció la flor de los persas! ¡Ay de mí, infeliz, que el primer mal es tener que anunciar males!
ESQUILO, Los persas, en ESQUILO Y SOFOCLES, Obras Completas, Buenos Aires, El Ateneo, 1957, pp. 121123, 127.